

AMOR A LA PATRIA

## AMOR A LA PATRIA <sup>(1)</sup>

Al ser designado para este puesto de honor vacilaba yo, al aceptarlo, entre el deseo de corresponder con mi gratitud a la honra que me dispensabais, y el temor de deslucir esta fiesta de Arte con mis frialdades escritas.

Antes de ahora y en ocasión semejante lo dije: Hay, de la palabra del orador, corriente de agua saltadora y libre, a estas mansas aguas aprisionadas de la palabra escrita, la diferencia que hay, entre enamorados, de la declaración apasionada, que va de la boca al oído, mejor diré, de boca a boca, a la carta en que el amor se declara, con palabras muy comedidas, muy respetuosas...

---

(1) Discurso leído en los Juegos Florales celebrados en el Real Sitio de San Lorenzo el 29 de agosto de 1915.

porque no están delante, al escribirlas, los ojos que niegan o conceden licencia para mayor atrevimiento.

No esperéis de mis palabras enseñanza.

Nunca como ahora sobrecogió mi ánimo el recuerdo de aquella admirable glosa de Calderón a unas palabras esculpidas en el trascoro de la Catedral de Toledo: "Psalle et psille", dicen aquellas palabras: ¡Canta y calla! Admirable advertencia de devoción, y al glosarlas, el gran poeta cristiano dice otras tan admirables: "O calla, o algo di, que mejor que callar sea..." Y después, para terminar: "¡La palabra de Dios es el silencio!"

Y así quisiera yo que mis palabras, en este instante, fueran como una canción... Ese cantar que salta del corazón a los labios en momentos felices de nuestra vida, al despertar en la paz del campo, en un amanecer del limpio cielo, y aire puro, y frescura de huertos, y gorjeos de pájaros, con el corazón enamorado de todo y la conciencia como absuelta de todo pecado por una madre buena, que es toda aquella Naturaleza, obra de un Dios de bondad infinita, que es Padre de todos...

O ese otro cantar, recuerdo de alguna voz callada para siempre a nuestros oídos, pero no al corazón, que nos acude en esas noches campesinas, en que las casas de la aldea parecen hundirse en la sombra, pequeñuelas bajo la inmensidad del cielo y de los astros, y el temblor de lo infinito

estremece el alma, y algo que es miedo y esperanza, que es un modo de miedo, miedo de amor que teme ser engañado, sube en aquel cantar de la voz callada para siempre..., y al ser como pregunta en nuestros labios, vuelve en eco de las lejanías como respuesta a poner confianza en nuestro corazón... Es la voz de los muertos que pasaron y nos habla con voz de lo infinito, para decirnos ¡que no se muere!

Y ya que mis palabras no sonaran así en vuestros oídos, como estas canciones; ya que sean insignificantes, que hable sobre ellas esa cordialidad de pensamiento que está sobre las palabras, como entre novios, como entre amigos del alma, como en esas veladas familiares de las buenas familias, en que las palabras son vulgares y las almas, no obstante, se sienten más unidas que nunca en un mismo sentimiento de amor...

Sí, yo quisiera que mis palabras fueran como un silencio efusivo, ya que el silencio, por ser la palabra de Dios, sólo cuando el espíritu de Dios pasa por nuestras almas, puede ser palabra del hombre.

Y pues han de ser palabras, y por ser palabras limitación, que no entristezcan a lo menos esta fiesta de Arte y de Belleza...

No os hablaré, como es uso, de tristezas y dolencias nacionales. Y no es que yo sea optimista, ni quiero serlo, si por optimismo se entiende la triste postura del avestruz, que esconde la ca-

beza bajo el ala para no ver al cazador que le amenaza.

Idealista sí soy, y creyente en la posible perfectibilidad de todo...

Pero abomino de ese dulzón optimismo, bien hallado con todo lo que existe, sin pretender mejorarlo en nada... Todo está bien, porque yo estoy contento; nada hay que mejorar, porque yo estoy muy bien... Este optimismo es antisocial, inhumano..., porque olvida el dolor ajeno por el placer propio, porque no ve, porque no recuerda haber visto nunca, porque no puede sentir la pesadumbre de todo el dolor humano... Y no es preciso estar de vuelta del infierno, con la palidez del poeta florentino. ¡Basta tan poco para sentir en el alma la simpatía del dolor!

Un niño pasa, baldado, sostenido entre dos muletas, su cara sin color, sus ojos sin brillo... ¡Felices... no, desgraciados, muy desgraciados los que no recogen en su alma aquella tristeza y pueden seguir indiferentes!...

Y no es que deba maldecirse de la vida ante el dolor; al contrario: el dolor debe afirmarnos en ella como aguerridos combatientes dispuestos a vencerle. Pero, ¿a qué alturas no es preciso elevarse para no dudar de todo, para no maldecir de mucho, para llegar a comprender, al fin, en qué puede ser necesario a la armonía de todo lo creado aquella mancha triste del dolor en un niño?

Pues hay algo peor que dudar, y que maldecir, y que no comprender... Verlo, y decir todavía: "¡La vida es alegre; todo está bien; no hay que mejorar nada; yo estoy muy contento!"

Mas con ser detestable este optimismo de charca, no es menos detestable ese pesimismo inactivo que, por incapaz del menor esfuerzo, juzga que todo esfuerzo es inútil. ¡Todo está mal! ¡Esto es cosa perdida! ¿Qué puede hacerse? ¿Qué hace uno? Y, claro está, si uno nada puede hacer, y otro uno tampoco..., uno y uno serán dos, y así sucesivamente, nadie hará nada, sin perjuicio de culparnos unos a otros porque nada se hace. ¡Harto ha padecido España de ese pesimismo que, en rigor, es vagancia, y, cuando menos, comodidad!

Abominemos de él y, aunque en las horas más crueles de nuestra vida, ante el dolor, ante la injusticia, ante los males todos, patrimonio de nuestra débil naturaleza, que enumeraba Hamlet como razones suficientes para buscar la apetecida calma del no existir en el filo de un puñal, seamos fatalistas, si queréis; pero seámoslo como cierto sujeto, muy convencido de que cuanto sucede en este mundo no puede por menos de suceder, porque así estaba escrito, como afirman los mahometanos. Y como él, a pesar de creerlo así, se pasaba la vida indignándose por todo y queriendo disponerlo todo de mejor manera, y alguien le decía: "Pero, ¿por qué se indigna usted, si cree usted que todo sucede porque tiene que

sucedier, porque está escrito?"... él contestaba más indignado todavía: "¡Es que está escrito también que yo me indigne!"

Seamos siempre de los que se indignan ante la obra del mal, aunque nos indignemos fatalmente, que tal vez también está escrito que haya siempre nobles espíritus que no crean ni acepten indignados la fatalidad del mal y del dolor sin luchar contra ellos con toda la fatal energía de una voluntad, que tal vez nada puede.

Pero sí puede, sí; que de la voluntad, fecundada por el amor, nacieron los mundos, para que en ellos triunfe el Espíritu...

El Espíritu de Dios, que está en nosotros, y en nosotros busca la perfección, que es Dios mismo...

No implica imperfección final la imperfección del principio; en la totalidad todo es perfecto. Y para el espíritu creador no hay tiempo ni espacio; no hay principio ni fin; todo es círculo infinito.

La creación, como obra del espíritu, puede asimilarse a la obra de Arte. La obra es siempre limitación del espíritu creador.

Como en la obra de todo gran artista, la creación es primero actividad, expresión de una fuerza, que por ser fuerza es bella, y por ser bella es, al fin, buena... No hay obra del espíritu en que no pueda valuarse la misma sucesión: actividad, inteligencia, bienaventuranza. El Thamas,

Raja y Sawa de la teosofía india, en que Dios dice al hombre: "Tú eres yo mismo, mi imagen y mi sombra: yo me he revestido de ti y eres vehículo mío, hasta el día en que volverás a ser yo mismo y los demás tú mismo y yo."

Sólo pueden creer en el triunfo eterno del mal los que nada bueno llevan en el alma. Cuando nada bueno hallamos en nosotros es cuando podemos decir: Todo es malo. Porque es nuestra alma como nuestros ojos, que, al asomarse a otros ojos, lo primero que en ellos vemos es nuestra propia imagen...

Así, a nadie hemos de pedir perfecciones que no estén en nosotros; a nadie amor, que no existe en nuestra alma; de nadie esperar salvación, si nosotros vamos perdidos...

Por eso, nos hablen del mundo o de la patria, debemos desconfiar de los que todo lo juzgan malo en uno o en otra... Es que ven su mundo, ven su patria; es decir, se ven ellos...

Hay quien dice amar a España, encontrándolo todo malo en ella... Y piensa uno: Pero entonces, ¿qué será lo que aman?; ¡una abstracción, un nombre!

Es como el que dijera: Yo quiero mucho a la familia de Fulano. Ciertamente que la madre es una mala pécora, el padre un sinvergüenza, las hijas unas locas y los chicos unos granujas... Pero ¡qué familia tan apreciable!...

Yo estoy seguro de que la familia agraciada

con este modo de aprecio no quedará muy agradecida.

De igual suerte, los pueblos con razón desconfían de estos que dicen amarlos, al mismo tiempo que los denigran.

Afirman estos detractores sistemáticos que su amor es grande, pero no es ciego; que para ellos el entendimiento está sobre el corazón, y que si se complacen en señalar defectos es porque desean verlos corregidos. La verdad es en esto sistema; su obra de educación será siempre infecunda, porque ni pueblos ni hombres nos dejamos educar por los que nos entienden, sino por los que nos aman.

Los pueblos, como los niños, como los animales también, con seguro instinto se percatan bien pronto de quién se acerca a ellos con cariño, y de ellos se dejan conducir más fácilmente. Esta es la razón por que muchos sabios políticos de alta mentalidad, muchos escritores de gran entendimiento, no logran, con asombro suyo y de sus admiradores, hacerse escuchar, ni sus enseñanzas influyen como debieran en su país ni en su tiempo; y otros, en cambio, de mentalidad inferior, con menos sabiduría, consiguen persuadir, conmover y educar... Es que a los primeros les falta aquella virtud, sin la cual, como dice San Pablo, la ciencia no es más que hinchazón: "Scientia sine charitate inflat"... Les falta caridad, que es amor... Y nada sería más triste que la luz del sol, con todos sus resplandores, si con la claridad

no fuera calor, y su luz deslumbrante sólo iluminara para mayor desolación, sin fecundarla nunca, una tierra estéril, pedregal o arenisca, sin frutos y sin flores...

Pues hay otros, aun más dañinos, que ni luz ni calor nos ofrecen, ni amor ni entendimiento.

Pretenden educaros sin amar y sin conocer... ¡Cuántos de éstos ha padecido y padece España!... Todo les parece malo en ella, y ni siquiera saben de su Geografía y de su Historia.

Y es el conocimiento de su Geografía y de su Historia lo que da a los pueblos conciencia de sí mismos.

¡Geografía de España tan ignorada! ¡Historia de España tan mal sabida!

Si en mi mano estuviera, yo dispondría que ningún hombre político pudiera gobernar a España sin haber viajado por toda ella; pero no como suelen, en ocasión de festejos y regocijos... Bastaría con que pasaran una buena temporada en algún humilde lugar, de esos olvidados hasta en la Geografía... Los labriegos castellanos dicen con mucha filosofía: "Quien ve un pueblo, ve un reino." Si nuestros políticos supieran de la vida de muchos pueblos, más acertados andarían en gobernar al reino.

Y ¿qué decir de nuestra Historia? La Historia de España, tan falseada por extranjeros y, lo que es más triste, por la pasión política de los nuestros. ¿Qué horrores no se habrán escrito de nues-

tro fanatismo religioso, de la Inquisición española, de nuestras crueldades coloniales?

¡Como si todo ello hubiera sido patrimonio nuestro! ¡Como si España hubiera sido cosa aparte en la Historia del mundo!

Se llama a Felipe II el demonio del Mediodía, y en su tiempo reinaba Isabel de Inglaterra, más cruel, más fanática perseguidora de sus enemigos personales que lo fuera nunca Felipe II, de los que él, a lo menos, con más amplio y generoso espíritu, sólo consideraba enemigos de la fe católica y de la unidad espiritual de su imperio.

Y de nuestra política colonial en las Indias, ¿qué no se habrá dicho? No sería tan tiránica, tan destructora, cuando de ellas surgieron pueblos grandes y libres, orgullo de nuestra raza. Una política tiránica, opresora, destruye toda posibilidad de emancipación. No habríamos oprimido tanto, cuando de igual a igual, fuertes y pujantes, pudieron combatirnos y proclamar su independencia.

Yo he visitado alguna parte de la América española, y, con orgullo puedo decirlo, lo mejor que hallé en ella es lo que de español queda allí, pese al cosmopolitismo invasor: las virtudes de la familia española, esa discreción de la mujer no contaminada de feminismo, que más bien debiera llamarse masculinismo, la generosidad hidalga en los hombres; el trato afable y llano con los iguales, con los inferiores; todas esas virtudes de

nuestra raza, la más democrática del mundo, contrastando con la sequedad de los hombres de presa que allí acuden de todas partes y hacen de aquellas hermosas ciudades, que nos recuerdan a las españolas, cuando en los hogares donde aun alienta el espíritu de España, se penetra como amigo; ciudades a la americana, cuando después por sus calles, entre empujones y codazos, ve uno a los otros, a los extranjeros de todos los puntos del mundo, brutales, febriles, codiciosos de bienes materiales...

En el afán de calumniar a España se ha llegado a culpar a la religión católica de nuestra decadencia... ¿A la religión? No fué la religión; nuestra falta de verdadero espíritu religioso sí fué, y es ahora, culpable de nuestra decadencia. Y por espíritu religioso entiendo yo, en absoluto, un desprendimiento de nosotros mismos, que pone sobre nuestras acciones una aspiración ideal, sin percepción de recompensa inmediata..., esa creencia en la inmortalidad, que nos lleva a poner la mira de nuestras obras más allá de la muerte, más allá de nosotros mismos...

Un derrumbar las prisiones de nuestra vida percedera para ir a perdernos en la vida infinita de todo lo creado. Amor, en una palabra... Pongamos amor en nuestra obra, cualquiera que ésta sea, y nuestra obra será fecunda. Y nosotros, españoles, que tanto hemos de amar a nuestra Patria, como Dios mismo, si es algo que está sobre

nosotros, nunca está con más verdad que cuando está en nosotros mismos. Que cada virtud nuestra sea una virtud de nuestra España; que cada uno de nuestros pasos, si son buenos, harán mejor el camino, y que el verdadero patriotismo no esté en gloriarnos de ser hijos de nuestra Patria, sino en ser nosotros tales, que allí donde estemos y donde fuéremos, vayan con nosotros la justicia, la lealtad, la abnegación, la intención honrada y el propósito noble... Y antes que nosotros ufanarnos de nuestra Patria, sea el extraño quien se ufane de nosotros, y por los hijos conozca a la madre, y todos digan con respeto: "En verdad que estos hombres buenos de buena Patria son, sin duda alguna..."

En lugar estamos, más que ningún otro propicio, a despertar nuestras almas... Esta fábrica de austera majestad bien española, a un tiempo palacio, tumba y templo..., nos obliga a pensar en la vida, en la muerte y en la inmortalidad... Por nuestra vida, la que simboliza el palacio donde se gobierna, se legisla, se ordena... y todos gobernamos, legislamos y ordenamos en nuestra propia vida, que es la vida de España..., podemos hacer de España tumba o templo. Tumba, si hundidas nuestras almas en el egoísmo infecundo, no sólo hacemos mal, sino que estorbamos el bien que otros puedan hacer. Templo, si con el corazón en alto, más alto que la cruz redentora sobre estas cúpulas del Monasterio, por Dios y por España,

trabajamos todos con fe en tantas grandezas futuras como fueron las grandezas pasadas, de que dan fe estas piedras firmes, tan firmes como el alma inmortal que alienta en ellas..., el alma de nuestra España.

He terminado.

